

La fascinación por el mal en el joven adicto¹

Carlos Ríos

“Los demonios de Emmanuel Swedenborg no constituyen una especie, proceden del género humano, son individuos que después de la muerte eligen el infierno. *No están felices* en esa región de pantanos, de desiertos, de selvas, de aldeas arrasadas por el fuego, de lupanares y de oscuras guaridas, pero *en el cielo serían más desdichados*. A veces un rayo de luz celestial les llega desde lo alto. Los demonios los sienten como una quemadura y como un hedor fétido. Se creen hermosos pero muchos tienen caras bestiales o caras que son meras trozos de carne o no tienen caras. *Viven en el odio recíproco y en la armada violencia. Si se juntan lo hacen para destruirse o para destruir a alguien*. Dios prohíbe a los hombres y a los ángeles trazar un mapa del infierno pero sabemos que su forma general es la de un demonio. Los infiernos más sórdidos y atroces están en el oeste.”²

Abordaré el tema de “El adicto y sus grupos”, en vinculación sobre todo con la importancia del ataque a la familia idealizada en los pacientes adictos, que produce exasperación en la vida grupal.

Es necesario recordar que son cuatro los grupos en cuestión: la *familia nuclear* (madre, padre e hijos a diferencia de la familia ampliada con abuelos, tíos, etc.), la *población juvenil*, la *secta adictiva* y los *grupos de oscilación*. En un gráfico relacioné estos grupos imaginando un movimiento que —a partir de la familia— gira en el sentido de las agujas del reloj hasta culminar en lo que denominé grupos de oscilación. El recorrido no se cerraba; en mi experiencia clínica no había observado una cabal reinscripción en la familia de pacientes con adicciones estructurales.

La base empírica de este esquema es el resultado de trabajos analíticos con pacientes en tratamiento individual; no se trata de un trabajo de campo, pues no tengo experiencia en trabajos psicosociológicos de campo con adictos. El esquema resulta de extrapolaciones de hallazgos de las sesiones. Al hablar de

¹ Ampliación: El Adicto y sus Grupos Rev. APdeBA Vol. XXII T 2

² Borges J.L. El libro de los seres imaginarios 1967 OC.

grupo me refiero al *grupo invocado* en asociaciones por el paciente pero, sobre todo, a los grupos que aparecen en los sueños de los pacientes.

El instrumento, repito, no surge de la observación o relevamiento de datos sino del análisis del fenómeno de la sesión analítica y sus implicancias transferenciales.

Como sólo se trata de un esquema para ilustrar las variables nombradas: familia nuclear; población juvenil; secta adictiva y grupos de oscilación los hallazgos clínicos nos permitirán sacar o poner elementos -según el caso- sin que el bosquejo de los cuatro elementos se vea sustancialmente modificado.

Quiero destacar el aspecto de fascinación por la maldad que predomina en el grupo adictivo. El tema ha sido abordado por Meltzer cuando se refiere a la estupidez del mal (Sinceridad, Spatia 1994). La idealización de la maldad gira casi inevitablemente alrededor de los sentimientos envidiosos primordiales que despierta la belleza del mundo que es un subrogado de la emocionalidad que suscita el pecho y la cara de la madre que alimenta. El negativismo que origina esta imagen se desliza luego a la percepción de la escena primaria y a la estructura de la familia idealizada. Meltzer quiere sintetizar esto en una cita de *Otelo* de Shakespeare: "tenía una belleza diurna en su vida. Que me hace feo" dice Yago a Cassio.

Familia

Si existiera una fórmula que pudiera implicar todo el psicoanálisis, tendría los siguientes tres elementos: sobre las pulsiones humanas actúan, en primer término, instancias sociales que, en segundo término, las coartan, las desvían de sus fines, y, en último lugar, transforman al ser humano, al incorporarlas, en sujeto cultural.

La instancia social fundamental que interviene en la coartación está configurada por la familia. El núcleo familiar es el lugar donde el sujeto natural se convierte al orden cultural. Esto lo había definido muy claramente Freud en "El malestar en la cultura". Se deduce que, como es inevitable la coartación de las pulsiones, vivir en la cultura genera un malestar que se ha originado en primer término en el vivir en la familia.

Esta vida en familia forja contención, amor, esperanza, pero al mismo tiempo dolor por diversos motivos como los celos, envidia y exclusiones lo cual exige de sus participantes la posibilidad de tolerancia a las frustraciones para hacer viable su vida y pertenencia en el grupo familiar.

No todas las personas tienen esta capacidad y una opción sintomática es, en diversos grados, la marginación del grupo familiar para formar parafamilias con cualidades negativistas y práctica de antivalores.

Ahora bien, ¿qué entiende el psicoanálisis por familia? Si se busca en una enciclopedia, las definiciones de familia son múltiples. ¿Nos interesa la familia como una unidad económica o antropológica? No. ¿Nos interesa como una unidad educativa? Tampoco. Al psicoanálisis lo que le interesa de la familia es que de ella se deduce una ética derivada de los valores del superyo heredero del complejo de Edipo.

Usualmente se habla en psicoanálisis de ética en relación con la práctica y las normas técnicas. Aquí estamos hablando de una ética intrínseca a los fundamentos de la teoría psicoanalítica misma. Repetimos, este ethos es la consecuencia de las coerciones pulsionales que se realizan en el seno familiar, lo cual garantiza un padecimiento, un dolor inherente a vivir en familia.

Resaltamos que el psicoanálisis, que epistemológicamente puede ser considerado ora una ciencia, ora una hermenéutica, es también -en ambos casos-, una ética y más específicamente, una ética de la familia.

Esto se observa en todos los esquemas referenciales, muy abiertamente en Freud y en Lacan, menos claramente en Klein -en tanto Klein se preocupa menos de la inserción del ser humano en la cultura a favor del estudio de los estadios más tempranos del psiquismo- y falta aún en Kohut, que centra su mirada en la constitución de los objetos del self, en detrimento del Edipo. Aunque para Kohut estos objetos del self son los padres o sucedáneos en la vida real que se constituirán luego en la vida psíquica.

Pero aún con estos matices diferentes entre diversos autores, el paradigma alrededor del cual gira el psicoanálisis es el de una ética de la familia personificada en la universalidad del Complejo de Edipo cuyo sucedáneo es el superyó portador de los valores.

Veamos brevemente cómo se ha configurado la familia a lo largo de los tiempos, dado que el concepto de familia ha variado; es necesario responder a la pregunta: ¿de qué familia se ha ocupado el psicoanálisis?

Hay diferentes tipos de concepciones de la familia según los momentos históricos y según los lugares en donde habita el ser humano. (D. Schwanitz: La Cultura, Taurus 2002)

Debemos considerar tres tipos de agrupamiento familiar: el primero estaría constituido por la familia tribal, la más primitiva, aunque ya con el tabú del incesto velando porque se cumpla la exogamia. Se distingue en ella a una mujer rodeada por tres hombres en modos de vinculación diferente: el hijo en una relación filial, el hermano en una relación consanguínea y el marido en una relación de alianza. En esta estructura de familia probablemente la mujer sea el personaje más dinámico, dado que es la que protagoniza las relaciones de intercambio. Cuando abandona el hogar consanguíneo filial y se dirige a vivir con su marido, abandona también su religión y su sistema de valores, es decir pasa a ser "adoptada" -mediante rituales- por el nuevo grupo familiar. Esto ya es historia pasada en Occidente aunque rige todavía en la actualidad en algunos países orientales.

La gente siempre ha creído que los dioses crean la familia pero en realidad a partir del siglo XIX, es cuando el filósofo alemán Friedrich Schleiermacher sostiene la idea opuesta. La familia construye un cosmos simbólico-religioso de acuerdo con su propio modelo de organización secular.

Haciendo una digresión ilustrativa ya vemos que en la sociedad tribal, en sus mitos y religiones, el padre se subrogaba en el cielo -aún ahora cada vez que las personas levantan los ojos pidiendo ayuda se ve en este acto una forma de dirigirse al Padre-.

El viento también es asimilado al padre. El hálito es símbolo del padre que da vida. La madre es asimilada a la tierra, a la materia y a aquello que es fertilizable. La lluvia que cae de los cielos al suelo es vivida, entonces, como el líquido producido por una cópula fertilizante.

Por lo tanto, las construcciones cosmológicas son proyecciones de aquellos primitivos modelos de familia que se fueron dando a lo largo del tiempo, desde el panteísmo primitivo hasta la vigencia de los monoteísmos.

Sabemos que en la sociedad medieval existía un orden jerárquico muy riguroso; se constituían feudos por linajes, que proyectaban su propio modelo al mundo.

Había entonces una Sagrada Familia despojada de sexualidad que era una proyección cósmica de la estructura en general jerárquica de la Edad Media. Esta Sagrada Familia sustentaba a su vez esta estructura de poder político y religioso. La racionalidad existía, porque ya el conocimiento de Aristóteles era exhaustivo a partir de la exhumación de sus textos. Obra que realiza Tomás de Aquino, pero esta racionalidad estaba subordinada a la fe. Nacer en una familia, suponía entrar en un orden estamental muy rígido. El herrero era hijo de un herrero e iba a ser padre de un herrero. El noble con el noble, el plebeyo con el plebeyo. El concepto de familia no es el que tenemos ahora, incluía a los antepasados muertos y también a los miembros que vendrían después. Se hablaba de "Casas", La Casa de Windsor, La Casa de los Estuardo, La Casa de los Borbones. La noción de familia, entonces, *era un concepto sumamente amplio en relación con el actual*, y un sirviente podría ser considerado de la familia por su persistente permanencia al lado de las personas de más jerarquía unidas concretamente por el linaje.

De manera tal que este orden estamental sostenido por la gracia de Dios era una familia ampliada muy diferente de la que consideramos, en psicoanálisis, como materia prima para nuestros esquemas conceptuales.

Los vínculos de alianza se negociaban entre los padres según conveniencias dinásticas.

En la familia premoderna los vínculos de alianza se arreglaban entre los padres y *el amor era ajeno al matrimonio*. Se buscaba cierta confluencia de amor y vínculo de alianza pero la verdad es que la pasión era fácilmente pensada fuera del matrimonio.

En relación con esto último, lo interesante es que la pasión era algo que tenía que ver con notas corporales de orden *no psicológico*, este orden no existía. La noción de lo psicológico es posterior. Esto cambia radicalmente cuando se rompe la estructura de La Edad Media, estamental y jerárquica; en ella todo estaba ordenado en la tierra y en los cielos. La modernidad con sus revoluciones -básicamente La Revolución Francesa-, y la ilustración democratizan todos los estamentos sociales y cambia la idea de la familia. Ya no se heredan las posiciones sociales, ya el hijo de un herrero no necesariamente va a ser herrero.

Cada grupo familiar ahora compuesto acotadamente por padre, madre e hijos configura la *familia nuclear* de la modernidad. Al romperse los linajes esta familia nuclear tiene que ganarse sus posiciones sociales en cada generación.

Para el psicoanálisis esta familia nuclear determina que las pasiones que la unen son ahora un fenómeno psicológico, no un hecho atinente al cuerpo. Los sentimientos son ahora patrimonio de todos los seres humanos y deben ser respetados.

La idea de libertad, igualdad y fraternidad de La Revolución Francesa no se refiere solamente a la posición económica y social sino a que todos tenemos sentimientos que deben ser tenidos en cuenta.

El amor pasa ahora a fundar el matrimonio aunque implique una agonía romántica. Quizás la composición de Franz Liszt, *Sueños de amor: tres nocturnos*, constituye el fondo musical en el que se desarrolla el drama amoroso.

Las novelas del siglo XIX se basan en la idea de que el amor debe derribar barreras sociales. Casi todos los argumentos de la literatura de la época describen a un sujeto que -poseído por una pasión- derriba una jerarquía social para privilegiar su amor.

Esta *familia nuclear* de la modernidad en el siglo XIX con el padre, la madre y los hijos con sus características, es la que toma Freud en los desarrollos teóricos desde su psicopatología primitiva.

La noción de *niñez* aparece con la familia nuclear de la modernidad. Este es un concepto muy importante, puesto que para la familia tribal o medieval el niño es una especie de adulto incompleto, defectuoso, no tiene un perfil intrínseco.

No hay cuentos infantiles de la época medieval; tanto estos como las novelas de amor romántico son posteriores a la Ilustración.

La idea de lo infantil como poseedor de una idiosincrasia, aparece con Juan Jacobo Rousseau. El niño tiene un perfil determinado; necesita juegos infantiles, cuentos infantiles y algo que lo asista en sus dificultades de aprendizaje; esto dio en llamarse pedagogía, concepto inaugurado por el mismo autor en su libro; *Emilio*.

El niño por naturaleza -para la concepción de la Ilustración- es inocente, así como la mujer es desexualizada e idealizada, y es el hombre el que aparece como más pecaminoso.

Las cosas eran así en el Freud de la psicopatología primitiva. Se planteaba un modelo ético en el que, por ejemplo, las mujeres vírgenes se enferman en la primera noche de bodas porque no han tenido suficientes representaciones previas de desnudez. Al concretarse tales vivencias, desbordan sus capacidades psíquicas

produciéndose una acumulación de libido que se transforma automáticamente en angustia.

Esta es una clasificación psicopatológica muy basada en el rol femenino de esa época de modernidad victoriana. Los niños en la época prepsicoanalítica de Freud mismo carecen de sexualidad porque la sexualidad es responsabilidad, en definitiva, de algún varón adulto que los ha seducido.

Recién en el giro representado por las famosas cuatro cartas a Fliess (69, 70, 71 y 72), que son las del descubrimiento de la realidad psíquica, -y como consecuencia de su autoanálisis- Freud comienza a reconocer la sexualidad infantil que culmina en Juanito.

Para conceptualizar *la maldad infantil* es necesario esperar a Melanie Klein. Juanito es un simpático sexuado pero y no se lo presupone un malvado tal cual lo señala Meltzer en *Estados sexuales de la mente*.

Siguiendo nuestro recorrido histórico, observamos que la familia actual está ligada al cambio radical en el protagonismo de la mujer en el marco social. Estos cambios se cimentaron una vez más en La Revolución Francesa (reivindicación de los Derechos de La Mujer). Sin embargo, fueron filtrados por *la era victoriana que marcó una reacción y retorno al conservadurismo prerevolucionario con su demanda de puritanismo, en la atmósfera abusiva de la sociedad industrial moralmente patriarcal*.

No es extraño que el surgimiento de los movimientos feministas esté ligado a la trayectoria del socialismo contra el conservadurismo, y hace su aparición junto a la crisis generalizada de los valores de la modernidad a posteriori de las grandes guerras. En rápida síntesis, eclosiona luego la posmodernidad en la que se observar la fascinación por la moda, la belleza, la retórica de la publicidad y del mercado, la democracia mediática y los cyber-espacios.

Un psicoanalista, a lo mejor, no dudaría en pensar que han pasado los tiempos del Edipo y de Sísifo (la sexualidad altruista y el esfuerzo) dando mayor lugar a las expresiones de Narciso (realizaciones personales) que aminoran la generosidad y el esfuerzo anteriores, a favor de la indiscutible posibilidad de éxito como prerequisite a la constitución de la familia, como lo señala Gilles Lipovetsky.

No se rechaza la estructura básica de la familia nuclear sino que deja de tener los perfiles y la relevancia que tenía anteriormente. La constitución de la vida en familia cambia de argumento. No sabemos aún con claridad cuál va a ser la ma-

nera y los efectos que se produzcan cuando se constituyan familias con personas del mismo sexo, que estén posibilitadas para tener niños y criarlos por adopción. Luego de esta breve e incompleta revisión, mantenemos la siguiente idea: a pesar de que los modos sociales de constitución de las familias han cambiado a lo largo del tiempo, para el psicoanálisis se mantiene el paradigma de la familia como el núcleo ético.

El vivir en familia -y ahora sabemos que "la familia" del psicoanálisis comenzó siendo moderna, luego victoriana y más tarde devino posmoderna- genera un dolor que debe ser contenido con los recursos de la familia misma.

Este bosquejo se aproxima a la idea de que **no** todas las personas pueden tolerar y contener el dolor de vivir en familia.

Justamente planteo en el esquema propuesto para el Adicto y sus Grupos (citado en pág. 1) que el paradigma de la adicción y la perversión es la relación adictiva con un grupo negativista, que hace culto de los antivalores, constituido al modo de una parafamilia que funciona *como reacción resentida y exasperada al dolor de vivir en familia*. A esta parafamilia la llamo secta adictiva o grupo adictivo y sus participantes eligen la atmósfera del infierno -básicamente por envidia- tal cual el minicuento de Borges ilustra.

Ya Freud habló claramente de una relación entre la psicopatología y la familia; en síntesis, afirmó que el neurótico la acepta pese a sus conflictos, hace un juicio de existencia de ella; la familia es, existe, y el sujeto en su neurosis esta lidiando en el interior de ella, tanto en las circunstancias externas como en su mundo interno.

Pero en el trabajo sobre el fetichismo, Freud describe a un sujeto singular, aquel que no acepta la diferencia de los sexos. Ese no aceptar la diferencia de los sexos conduce como una consecuencia lógica e ineludible a no aceptar la estructura de la familia apoyada en una pareja heterosexual.

De esta manera, el perverso se ubica en un margen de la familia pero la tiene como referente competitivo en el orden de los valores, un referente con el que se compite y combate con la misma obstinación del fetichista que desmiente la diferencia *entre* los sexos.

Veremos que la perversión y la adicción, repito entonces, se constituyen con un perfil de vida grupal que asume valores negativistas en relación con los valores

de la familia. El adicto es un *fundamentalista del negativismo*, prefiere el infierno de la parafamilia al sufrimiento de vivir en familia.

Todo el planteo que realizo puede considerarse ilustrado en las líneas de Borges citadas al comienzo. El relato traducido a nuestro lenguaje psicoanalítico nos muestra la fascinación por la elección de líderes negativos cuando se expresa el deseo de ir al infierno porque no se tolera la familia idealizada cuyo epicentro es el Objeto Combinado parental tal como lo señala Meltzer especialmente en Familia y Comunidad. ¿Por qué no se tolera la familia idealizada? Porque produce competitividad envidiosa y la envidia genera una reacción terapéutica negativa: la luz que viene del cielo genera quemaduras y olor fétido, según las palabras de Borges.

¿Quiénes son los que padecen esta espantosa elección? ¿Quiénes eligen el infierno? La respuesta es que son los aspectos infantiles de la personalidad del adicto que han claudicado -por una exquisita debilidad- frente al dolor edípico. Asisten indefensos a la unión de su propia destructividad que se aparea -al modo de Fausto con el demonio- con la fascinante atracción de las figuras negativistas mediante el mecanismo de la identificación narcisista. El "diablo" es el consabido *outsider* que conforma la organización narcisista.

Esta organización es la expresión en el mundo interno de lo que es la secta o grupo adictivo en el mundo externo que a su vez, tiende fuertemente a plasmar-se en la vida social conformando la secta. Hay un isomorfismo entre los grupos de la organización narcisista en el mundo interno y los de la vida sectaria del adicto en la realidad social.

Como describe el cuento de Borges, en el infierno de la secta los protagonistas están ligados por un supuesto básico de lucha y fuga que implica el ataque a los que están en otros sectores dentro de la misma secta pero, en especial, al entorno social que represente los valores de la familia.

Esta es la lógica de la autodestrucción, el crimen y el suicidio inherentes a la organización narcisista que está tan bien ejemplificada en el infierno de Swedenborg.

Una figura patognomónica de la vida grupal adictiva es la muerte de un bebé por inasistencia o descuido y que colegimos es el dual correspondiente a la preservación de los bebés por parte de la familia idealizada. Este hecho se ve muy claro

en la película *Trainspotting* maravillosamente protagonizada por Ewan McGregor y Ewen Bremner

En síntesis, el neurótico vive en la familia, hace un juicio de aceptación de la misma. En cambio, el fetichista, el perverso y el adicto reniegan de esta situación, y en especial el adicto, todos se marginan hacia una parafamilia. La familia funcionará como referente para competir a través del negativismo.

El psicótico está fuera de toda realidad que implique una familia. Por eso se ilustra su condición con la metáfora del astronauta que vaga eternamente por el espacio sin tener ningún elemento con el cual su poder de atracción gravitatoria lo ordene y le dé un marco de referencia.

Después de hacer este pequeño recorrido, quiero señalar que disponemos de una línea teórica -que es en la que me despliego- que está ligada a Freud, Klein, Bion y Meltzer, y estudia de diversos modos las funciones de la familia. Por lo tanto, recordaré las ideas fundamentales que surgen de estudiar a estos autores. Meltzer ha esquematizado las funciones de la familia y plantea que el problema principal a resolver no es el de las vicisitudes del deseo sino la manera en que se distribuye el dolor que la frustración de éste origina.

Contener el dolor mental es la primera función. Y esto sigue un ordenamiento que puede ilustrarse con una figura acrobática del tipo del hombre que soporta el peso de toda una pirámide de otras personas. La familia está sostenida, como su columna de apoyo, por la base, que es la función paterna; esta permite dar soporte a la madre frente a las demandas infantiles, difíciles de satisfacer. Justamente el deseo infantil es básicamente insaciable. Y la apoyatura en los límites paternos impide la depredación de la madre permitiendo la adecuación de los recursos. De tal manera que la función paterna -como base- regula las provisiones maternas y permite atemperar el sufrimiento materno frente a las demandas. Un fracaso importante en la función paterna, implica una depredación de la madre. La típica madre-flan (pecho sin pezón) que está en la base de Identificaciones enfermantes en los pacientes adictos muy desorganizados.

La segunda función de la familia es promover el amor, el afecto y la esperanza. Pero probablemente la más importante de todas las funciones de la familia es que constituye el lugar -y estamos ahora muy claramente en Bion-, donde se desarrollan relaciones íntimas que *van a derivar en la posibilidad de simbolización*.

Sabemos que para Bion el pensamiento tiene dos sistemas, uno (protomental) de signos que funciona al modo de un piloto automático, en los grupos de Supuesto Básico y que constituyen el tipo de comunicación en donde no se despliega la simbolización.

Este sistema protomental hace las veces de un exoesqueleto para funcionar en relaciones humanas contractuales o casuales y en la vida política de las instituciones.

El sistema simbólico –por el contrario- implica la relación entre experiencia emocional y la denominada función alfa que a través de la simbolización lograda constituye la vida íntima mediante el mecanismo de introyección de esa dependencia lograda, base de la simbolización. La función alfa es otorgada por los protagonistas de lo que podría denominarse la *cámara del significado*: el pecho, la madre, la escena primaria que funcionan como antecedentes de un buen análisis.

Este modelo de vínculos que deviene en una familia, emocional y simbólica, garantiza que cualquiera de estas funciones puede fracasar y predominar el odio en vez del amor y la desesperanza en vez de la esperanza.

Lo importante es lograr, en términos relativos, una emocionalidad pensada en los vínculos familiares que genere una dependencia introyectiva como actitud que promueve el desarrollo de los hijos.

Para esto –como lo señala Meltzer- los roles nominales padre, madre, hijos, no necesariamente coinciden con los reales. A veces, la posibilidad de pensar se proyecta, paradójicamente, en un niño o púber mientras el resto de la familia se exime de esta situación. Un caso curioso y habitual es la creación por parte de la familia (proyección mediante), de un “bebé pensante”. Mostrando el abismo que existe entre los roles esperados, racionales y el orden de los hechos

Existe también la posibilidad teórica de que estas funciones de dependencia introyectiva: contener el dolor, amar, promover esperanza y pensar no sean ejercidas por nadie y se entra en la lógica del caos.

También esta línea Bion y sobre todo Meltzer en “Familia y Comunidad” permite comprender una especie de tipología de la familia. Hay familias donde la responsabilidad de las funciones de dependencia introyectiva están armónicamente repartidas entre el padre y la madre; se trata de la familia a predominio conyugal

con el sistema de contenciones que acabamos de mencionar, y que tiene por soporte a la función paterna.

En las familias matriarcales, ya sea por debilidad, enfermedad o muerte del padre, la dependencia introyectiva se hace más difícil, es más arduo llevar a cabo estas funciones porque la disciplina está muy reemplazada por la culpa con la madre. Es conocida la figura del paciente huérfano de padre temprano, y se comprueba su sobreadaptación para no dar problemas a la madre; esto produce una intensa culpa, mucho más si la madre no logra rehacer su vida sentimental. Si ella recupera su vida sentimental, permite la aparición de un "saludable" odio del tipo: "odio al padrastro" en vez de la paralizante culpa.

En la familia patriarcal es más difícil todavía mantener las cuatro funciones de dependencia introyectiva, sobre todo si el patriarcado es agresivo. Las funciones de amor y esperanza están disminuidas. El perfil es más disciplinario y los perfiles disciplinarios fomentan mucho la rebeldía y la emancipación precoz y resentida.

Existen estructuras de familia tipo sectario que semejan pandillas, gangs, tribales, donde no existirían estas funciones (contención, amor, esperanza y pensamiento) pero tienen una curiosidad: estas funciones son caricaturizadas. Cuando predominan viejos resentimientos generacionales, se da una tendencia a las identificaciones negativas. Las funciones introyectivas, como ya dije, son caricaturizadas.

Es similar a las "familias" de los políticos construidas por los asesores de imagen; a veces, si se observa con cuidado en la televisión, en un acto proselitista, se ve al asesor de imagen en algún lugar, no necesariamente tras las bambalinas. Ese asesor, al modo de un apuntador, dice: "Camine por esa pasarela, llegue al final, si ve a un bebé tómelo en brazos, muéstreselo a su mujer, béselo, los dos sonrían, vuelvan a darle un beso, se lo entregan a la madre y vayan juntos caminando de la mano".

Es decir, la estructura mental política es muy parecida a la de una familia pandilla por conveniencia. De hecho los políticos se organizan prácticamente en pandillas. En estos últimos casos las funciones protectoras parentales se van tergiversando. Por ejemplo, la indulgencia frente a la transgresión se transforma en seducción, y también la paranoia se quiere apagar con seducción. El optimismo de la esperanza es simulado en las caricaturas de familia porque se transforma en manía y niega sentimientos depresivos. El pensamiento es transformado en slogans o

pregona conductas de exaltación de lo superficial vinculadas con la moda o la lógica de la imagen.

Esta familia organizada como pandilla tiene una función depredadora o delictiva, y si las figuras más relevantes son psicóticas o perversas, termina con valores invertidos. La familia misma funciona como una secta con valores invertidos en relación con los que poseen los miembros de una comunidad. Su preocupación preferida es satisfacer todo aquello que atañe a la sensualidad. Suelen estar en actividades ligadas a la diversión, al hedonismo, a la prostitución, o al juego y la bebida con su inevitable secuela de corrupción. Aquí la familia misma es un símil de la secta que hemos nombrado, la familia misma es un infierno.

Las familias delincuentes presentan una estructura parecida a la de las organizaciones mafiosas. Tienden a integrar a nuevos miembros, a figuras migratorias al punto tal de que no se sabe bien quiénes son los miembros de la familia.

A modo de resumen

Ya contamos con los elementos para afirmar, en primer lugar, que el psicoanálisis es una ética de la familia; en segundo lugar, es una ética de la familia nuclear y posmoderna que se originaron en la Ilustración; y en tercer lugar, este vivir en familia genera un padecimiento cuya elaboración nos hace considerar que -en cuarto lugar- la familia es para el psicoanálisis la base de la simbolización en la vida íntima y de la inserción en la cultura del sujeto humano.

Por gravitación llegamos a una conclusión: es muy difícil tratar a los pacientes que están afuera de la lógica de la familia dado que este fenómeno se relaciona fácilmente, como en las adicciones, con la formación de parafamilias con un "ethos" basado en valores negativos.

La marginalidad en la adicción

Si la salida del complejo de Edipo se lleva a cabo con fantasías similares a las de *pegan a un niño o maltratan y desvalorizan a la niña* esto conlleva un resentimiento sadomasoquista que se arrastra a lo largo del tiempo. Agrava esta situación un bajo umbral para soportar las frustraciones por fracasos tempranos en las relaciones de objeto, donde los celos y la envidia jugaron un papel significativo.

Sabemos que la envidia frustra el desarrollo del aparato psíquico porque el boicot al objeto valorado impide, en definitiva, la identificación.

La consecuencia es la pobreza de identificaciones; este vacío de identificación genera una debilidad significativa en el self infantil frente a la frustración, que tiende a ser llenado por la identificación con figuras que producen fascinación por su negativismo vengativo y transgresivo. Esto va acompañado de una exasperación de la vida grupal que reemplace a la familia.

Podemos considerar que el grupo adictivo es una derivación isomórfica de la organización narcisista que se objetiva bien en los sueños cuando el paciente puede soñar. De hecho la mayoría de los pacientes neuróticos logran representar oníricamente su organización narcisista con las cualidades de agresividad y tendencia al daño sin llegar a actuarlos.

El adicto lleva a cabo una acción concreta en el mundo externo a través de la búsqueda de grupos que funcionan como parafamilias vengativas y que vehiculizan su resentimiento. La posibilidad de estructurar fantasías oníricas fracasa por la pobreza de identificaciones.

El funcionamiento en el grupo real de adictos es isomórfico con la virulencia y el sadismo de la organización narcisista en el mundo interno, es un funcionamiento en supuestos básicos. Se ha señalado la extrema habilidad del ser humano para buscar grupos en el mundo externo real que representen su realidad psíquica. El fascinante líder tiránico suele ser una personalidad psicopática con aspectos esquizoides. Es decir, el que puede disociar más las emociones es aquel que triunfa en el control omnipotente del grupo adictivo. Es interesante destacar que en esta vida en grupos existe una atmósfera de atemporalidad potenciada por la sensualidad.

Otro tema peculiar que aparece es que la vida grupal se lleva a cabo con estricta territorialidad. La actuación en un territorio reemplaza el escenario de lo que tendría que haber sido fantasía diurna o sueño. Esta tendencia a la territorialidad en las actuaciones ha permitido, en criminalística, construir los denominados "perfiles delictivos": del adicto, del criminal serial, etc.-

Otra característica de las sectas adictivas consiste en un ataque feroz a la identidad individual; la emocionalidad es reemplazada por la sensualidad y por la excitación y la lealtad se degrada en sumisión y culto al líder y a los deseos de quien capitanea la banda, sea un "dealer" o sea el que está en su trastienda.

En la primera secuencia, el sujeto cae víctima del proselitismo y reclutamiento porque se abastece de sensualidad al self infantil falsificando las emociones; de este modo se seduce a los nuevos miembros. Se dota al ingresado de una identidad grupal que tiene su apoyatura en el ataque a los valores de la familia por "perimidos", "hipócritas" o "totalitarios", toda una jerga denigratoria hacia los "caretas". El clima total de este compartimiento es francamente masturbatorio. Las primeras dosis de sustancias adictivas siempre son gratuitas y nadie está por supuesto "obligado" a consumir porque allí hay libertad.

En la segunda secuencia, se produce un secuestro de voluntades, una apropiación. La captura exige una fuerte sumisión masoquista al líder; la expectativa es de someter al acosamiento sádico compensatorio a las nuevas generaciones que van llegando, de manera que cada uno busque su jerarquía en alguno de los tres infiernos.

Pero hay cierto tipo de personas, sobre todo los de rasgos melancólicos, que sufren especialmente la ausencia de objetos buenos. El objeto bueno ha permanecido allá lejos proyectado en algún hermano o en algún buen amigo, que sigue perteneciendo a la familia. La inexistencia de objetos buenos es de suma gravedad, y lleva a la desesperación suicida que tiende a la sobredosis.

La tercera secuencia o tercer infierno, de tipo francamente paranoide, se les plantea tanto a aquellos que quieren ascender en la escala sadomasoquista como a los que quieren salir del grupo.

Si tuviera que resumir en una serie de palabras los infiernos señalados serían: sensualidad, atemporalidad, anomia, proselitismo, sadomasoquismo, liderazgo tiránico, territorialidad, clima grupal de supuesto básico, desesperación y suicidio por ausencia de objetos buenos.

Como breve conclusión diremos que la fascinación por el mal tiene un argumento inteligible en la psicopatología de las adicciones que se extiende también a las perversiones y psicopatías graves en un escenario que incluye una inclusión degradante de la vida grupal opuesta a los valores de la familia.

Descriptores: adicción, adolescencia, familia, ética.

Resumen:

A partir de un texto de Borges, y de un trabajo anterior del autor – “El Adicto y sus Grupos” -, se intenta demostrar en este texto la fascinación del paciente adicto por una para-familia o secta adictiva que cultiva los anti-valores. En el trabajo se desarrolla brevemente la historia de la familia nuclear, tal como la toma Freud en sus desarrollos teóricos. El paciente adicto ataca marginándose y con resentimiento, los valores de la familia idealizada, cultivando una relación adictiva con un grupo que hace las veces de para-familia. La base emocional de esta relación está dada por la intolerancia envidiosa al grupo familiar. Este trabajo se puede leer como una contribución a la teoría de la marginación adictiva.